



Poetas Chilenos: Suma y Sigue

Por Ignacio Valente

A pesar de nuestra desmedrada situación cultural, los poetas chilenos residentes en el país siguen escribiendo, y bien. Nuestra poesía es capaz de resistir a todos los pesares. Entre los grandes, Nicanor Parra explora caminos inéditos; Eduardo Anguita prepara una nueva edición de su excelente *Venus en el madribero*; Gonzalo Rojas produce poemas que no desmerecen de su propia altura. Y así hasta llegar a la generación más reciente, donde Oscar Hahn nos sorprende con su arte de morir y Raúl Zurita nos deslumbra con la dolorosa lucidez de su *Purgatorio*. Pura bien, las gratas novedades siguen llegando.

Se dice que un libro de poesía se salva por tres o cuatro poemas buenos. Si es el caso, podríamos incorporar entre los nuestros a dos autores que, siendo muy dispares y a ratos débiles o retróicos, han creado por encima de su propio tono medio algunos poemas notables: David Turkeltaub tres o cuatro, Sergio Hernández cinco o seis. No es poco.

★ **Turkeltaub es autor de *Hombre y viento*** (Ediciones Trilce, Valparaíso). De entrada, el primer poema es magnífico: "Se desnuda el año gris de sus orejas/ y se queda, tonto, avergonzado... / Atardece de pronto y ya nadie lo conoce / Se desnuda, gris, el año de su coña/ de sus patas, de todas sus/ características/ y se echa a dormir como un cualquiera." Es difícil definir el encanto de estos versos: su ternura melancólica, su humor remoto, su aire de parábola que agita a un sentido existencial, el uso del primer verso en el cuarto, el hábil encabalgamiento del quinto y el sexto... Esta calidad, sin embargo, no se mantiene: los poemas siguientes nos ofrecen, en voz de aquella cándida humanidad, el juego surrealista hábil, pero ya muy trillado: "el pequeño violín de pie/ cuela se desmenuja del tinglado y me dice al oído/ no hay ningún control de los resultados". Dentro de ese juego, abundan los rasgos ingenuos: "Me levante la tapa de los sesos/ la volví a colocar/ dejé postrado un periscopio".

Pasamos de largo por varios poemas demasiado convencionales, por algunos destellos logrados pero fragmentarios, por páginas de un surrealismo algo gastado, hasta llegar a un gran poema de cierto parecido con el primero: "La araña que tan mal trajo/ me conversa (toda pata doblada)/ de su vida, me pregunta, / quiere saber / La araña que dejó tan mal/ parada, la pelada, / negra, fría/ araña / Le estás creciendo/ alas a la araña, / grises / (Como se/ llamará / mañana por la mañana)". Y así hasta llegar a un final igualmente conseguido. La conclusión es clara: Turkeltaub se hace fuerte en los contados momentos en que se entrega a una ternura doliente, a un cierto aire de Vallejo retorcido con mucha originalidad, y se deja desahogar de su inclinación surrealista. Es débil, en cambio, cuando esta inclinación se hace declamatoria, y se deja tentar por el ingenio y la retórica vanguardista (ya aboja) a costa de su honda humanidad.

Sergio Hernández es autor de *Últimos versos* (Editorial Nascimento). Su tono es coloquial, su sentimiento de fondo, una melancolía resignada y a

ratos conmovedora (la eterna tristeza del alma nacional). Los primeros poemas son un tanto convencionales, o comienzan bien pero terminan con una conclusión débil, que no cierra, con la excepción de *Está bien*, una página notable que justifica el dolor y el mal del mundo en nombre de pequeñas cosas gratas ("y sobre todo pensar/ que aún pertenecemos/ a esta pequeña parte de la muerte/ que hemos llamado vida" (un Rilke al revés, chilenoizado y pesimista). Hay luego hallazgos sencillos, mezclados con versos demasiado convencionales para el talento del autor: "mi infancia es un armarío inaccesible/ un etéreo país de trompos y palomas/ al que es preciso llegar con traje blanco/ en una mañana azul". Trillado el tema, trillados los adjetivos, ¡por colores! no son dignos del talento de Hernández.

Porque talento es lo que muestra, por ejemplo, en *Lluvia*: "¿Quién canta detrás de los cristales? / nadie canta detrás de los cristales/ sólo la lluvia cae entre las lumbas/ y los muertos/ lejos de despertar/ parecerían dormir/ a velocidades increíbles". Ahora bien, si este talento pudiera considerarse más ingenuo que profundo, hay al menos tres poemas siguientes de una hondura conmovedora, aunque se encuentren dispersos entre mucho relleno. Es el caso de *El canceroso*: "algunos amigos/ con sus rostros espectacularmente acomodados a las circunstancias/ irrumpen en su habitación/ se conversa del tiempo/ de los increíbles progresos de la ciencia médica (...)/ de los conflictos entre marxismo y capitalismo/ de los últimos viajes espaciales/ a lo que el canceroso respondía/ con un discreto silencio/ ya que él/ a través de la ventana/ observaba un ciruelo florido". Yo preferiría como verso final "contemplaba un ciruelo florecido". En todo caso, esto es lo que se llama saber terminar bien un poema o, mejor dicho, escribirlo entero en función del final, eligiendo acertadamente como contrapunto a los tópicos y banalidades de los versos anteriores.

Un buen poema, al que siguen otros mediocres. Todos, menos dos brillantes excepciones. Transcribo la segunda parte de *Vuelo*: "yo estoy ahora/ bajo un bosque de pinos/ junto al mar/ como todo es Dios/ yo soy Dios/ y esta noche gobierno las galaxias/ tendido y acodado/ en uno de los polos de la pequeña tierra/ deslumbrante es el bellísimo paisaje de los universos/ ahora las pautas han dejado de cesar/ y erionan solemnes cantos gregorianos/ yo estoy en Dichato (Chile)/ y soy un pobre profesor/ que nunca tendrá automóvil". Magnífico, salvo el último verso, mejorable. Voces inmemoriales, voces de Safo, del Rilke del *Libro de horas*, del Pound de *Lustra* evoca esta eminente contraposición entre el individuo y la grandiosa cósmica, esta misteriosa afinidad entre el yo y el universo; una nueva y original versión del perpetuo asombro ante la noche estrellada.

Tras diversos intentos fallidos, el libro concluye con otro poema notable. Yo soy como las plantas..., auténtica bienaventuranza evangélica, modificada por el sentido romántico de la vida y la muerte. Si cuatro poemas salvan un libro, Turkeltaub y Hernández están ya incorporados a la poesía chilena.

Poetas chilenos: suma y sigue [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Poetas chilenos: suma y sigue [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile